

tendría la resonancia que tiene. En el mismo poema del cual hemos citado un fragmento, expresa:

“¡Escúchame, oh, amor! Escucha
este hueco.
Dame un pan ardido.
¡Junto al río, oh, urgencia!
¡Junto al viento, oh, mártir!
Entonces,
acumulando el ser,
lloro sobre larvas”.

En el tiempo que vivimos hacer poesía es un acto heroico. Chile ha producido grandes mujeres que con éxito cultivan la poesía. Pero muy pocas que tengan recia personalidad y practiquen el pensamiento de Kant: “Beberás en tu copa de tosco vidrio o de fino cristal. ¡Pero tuya!”. Francisca Ossandón está entre las mujeres poetas y ha llegado a esta situación magnífica buscándose a sí misma, tentando el camino hacia la cima, sorteando escollos y haciendo una simbiosis entre poesía escrita y poesía vivida. Por eso me gusta escribir de ella y señalarla como una de las voces más representativas de la lírica americana.

CARLOS SÁNDER.

<https://doi.org/10.29393/At408-77RASC10077>

Regazo amargo, de LUIS MERINO REYES. (2ª edición, Zig-Zag, 1964)

Rezagados en la playa no nos asusta la soledad. Las bacanales de espuma se irisan al sol de marzo y es una pirotécnia deslumbrante la que se ofrece a nuestros ojos. Además, ninguno de los libros que hemos traído para acompañar nuestras horas de recogimiento ha traicionado nuestra fe. Son ellos los amigos, los más leales ya que en sus páginas nos brindan, desinteresadamente, el picante goce de la aventura, el sabroso recuento de un viaje, el suave efluvio de un romance feliz o a manera de aguafuertes humanas la descarnada historia de seres que apuran su vida como un licor que les embriaga los sentidos y que actúan al compás de su propio desequilibrio espiritual movidos por la mano maestra del novelista. A este último grupo pertenece la novela de Luis Merino Reyes que terminamos de leer. Ella fue galardonada en el Concurso que organizó la Empresa Editora Zig-Zag en 1955, con ocasión de su Cin-cuentenario, con el primer premio. Alone, que era uno de los miembros del Jurado, se refiere a este libro diciendo: “Desde luego hay una corriente vital indefinida; un impulso que comienza y no se detiene, desde el principio hasta el final; se toca algo vivo, palpitante, real y hallamos, al menos, en parte, la justificación del título, profundamente amargo; con un continuo gusto a ceniza”.

Francisco, héroe oscuro de esta tragedia ciudadana y cotidiana se aparta

al fin de Moraiba en la que encontró un remedo de felicidad, una especie de paz hogareña de la que se sintió siempre desposeído. La figura de la madre es trágica dentro de su escueta orfandad. Esclava de su propio rigor ascético, de su castidad insobornable en una pieza de pensión va acumulando días y nostalgias y hasta ese hijo, el mismo que monopolizó sus mimos, se le aparta fatalmente dejándola en soledad plena.

Elvira, la hermana de Francisco marcha a la deriva asaeteada por presagios y obsesiones. La felicidad que palpa a cada instante del día le parece tan fugaz que no se detiene a gozarla sino que ella la impulsa a negros pensamientos de pobreza y desventura. Libro amargo y despiadado donde los sentimientos luchan encarnizadamente sin lograr ninguna victoria valedera. Hay otros personajes en la trama que alivianan un tanto el tenebroso cerco en el que la familia Briones se debate. Don Santiago y David adoptan una actitud más suicida en sus respectivas existencias, viven con menos inhibiciones, pero la figura tierna por excelencia en todo el agrio relato es la tía Josefa que prodigó a Elvira un cariño fiel y desde la niñez hasta el último instante endulzó esa angustia obsesiva con el manjar siempre fresco de su ternura.

Gran novelista, Luis Merino Reyes, nos entrega en esta obra un conjunto de vidas anónimas que se engrandecen a la luz de sus íntimos padecimientos. Francisco Briones vive defendiendo su libertad, que es en buenas cuentas, su más pesada condena. Don Santiago, suspenso de aquella inalcanzable condecoración, que no lo privó, sin embargo, de sus aventuras galantes con las que compensaba esa fútil obsesión. Moraiba es la mujer sin complejos, ansía un apoyo masculino y al encontrarlo se sacia en él sin aspirar nada más. Es un ser rudimentario, pero que goza de la vida con plenitud absoluta.

Impresionante retablo de vidas mínimas que cobran interés gracias al talento de Merino Reyes, que ha sabido dibujarlas con trazos firmes y certeros. La clase media chilena vista por un severo indagador de sus vicios y virtudes.

El personaje de Francisco cobra un dramático perfil en las líneas finales de *Regazo Amargo*, cuando luego de un último encuentro con Moraiba y de besarla con pasión; "se apartó de la silueta grávida, más libre que nunca, sin volver la vista".

STELLA CORVALÁN